

Verdugos voluntarios

Santos Juliá, El País, 04/06/2000

Hace unos días, Israel Núñez, concejal vizcaíno del PP, fue acorralado por una pandilla de jóvenes que comenzaron a propinarle patadas y golpes. Lo que más sentía el concejal, cuando pudo hacer declaraciones, no era, sin embargo, la paliza recibida, sino su completo desamparo cuando, al echar a correr, los transeúntes que encontró a su paso no sólo no hicieron nada por protegerle, sino que le pusieron zancadillas para dar con él en tierra. La crueldad extrema de estos transeúntes, incapaces de sentir un mínimo de piedad ante el sufrimiento ajeno, nos devuelve otra vez las ominosas imágenes de Alemania en los años treinta, cuando unos quemaban a los judíos y otros aplaudían la faena acercando la leña al fuego. Daniel Goldhagen los ha llamado verdugos voluntarios de Hitler.

Estos verdugos voluntarios no hubieran podido actuar como lo hicieron si otros muchos ciudadanos, que no perpetraron crímenes ni colaboraron en su comisión, no hubieran propagado desde sus tribunas políticas, sus púlpitos o sus cátedras idéntico modelo cognitivo y los mismos juicios morales acerca de los agredidos. Nada en la conducta de estos ciudadanos es reprochable: jamás dieron a nadie un tiro en la nuca ni pusieron una zancadilla a alguien en apuros. Pero tampoco hicieron nada por combatir los estereotipos ni los juicios morales sobre las víctimas que ellos mismos y sus compatriotas tenían bien arraigados. Pasaron ante ellas en silencio, con la vista fija en el suelo, y, todo lo más, lamentaron los excesos porque ensuciaban una noble causa, la de la nación en cuyo nombre los otros mataban, apaleaban o ponían zancadillas.

En un documento de la resistencia a Hitler, preparado en 1943 por el círculo de Friburgo siguiendo la iniciativa del eminente moralista Dietrich Bonhoeffer, se decía que el Estado alemán posterior al nazismo podría tomar justificadamente medidas para "detener la desastrosa influencia de la raza judía sobre la comunidad nacional". Goldhagen atribuye a la percepción colectiva de los judíos como una raza que atentaba contra el ser nacional alemán, compartida incluso por quienes condenaban expresamente el genocidio, una grave responsabilidad en los crímenes

nazis. Como demuestra el caso del teólogo Karl Barth, adversario del nazismo, personas de alta calidad moral podían compartir su mismo modelo cultural respecto a quienes juzgaban como portadores de un peligro para la identidad nacional. Sin ese modelo cultural compartido, no habría sido posible el holocausto judío.

Pues al final son esos modelos culturales los causantes de la aberración moral a que conduce siempre el mito sobre el ser o la identidad nacional que unos forasteros, o unos inmigrantes, pondrían en peligro. Da igual que esos forasteros no lo sean, que hayan nacido entre los demás, que sean sus vecinos; da igual que lleven los apellidos de la tribu y hasta que hayan comulgado en algún momento con la creencia devastadora del mito nacional: a los concejales del PP no les sirve de escudo tener apellidos vascos. Lo que importa es ser o no ser nacionalista. El odio que sólo las religiones étnicas y sus predicadores pueden engendrar en ciudadanos por demás ejemplares, convierte a quien no es nacionalista en sujeto desprovisto de derechos: alguna culpa tendrá para merecer el trato que recibe.

La desolación de este concejal, sin ninguna sed de venganza en su mirada, ante la actitud de los testigos de su apaleamiento, trasmutados por el odio en verdugos voluntarios, recuerda el estupor de la hermana de otro concejal del PP, asesinado, que no se podía creer que vascos mataran a vascos. Era vasco, decía la hermana, llevaba todos los apellidos vascos. No comprendía aquella mujer que al identificar nacionalista con vasco, no nacionalista se identifica necesariamente con no vasco y, por tanto, con sujeto susceptible de ser apaleado, o muerto, mientras unos ponen zancadillas y otros, desde la lejanía de sus púlpitos y tribunas, lamentan los excesos cometidos.

Dialogar, ¿para qué?

Santos Juliá, El País, 26/11/2000

El asesinato de Ernest Lluch no nos dice nada nuevo sobre ETA, nada que no nos tuviéramos dicho y repetido, que ETA siembra la muerte a su antojo, sin tener en cuenta consideraciones que a nadie situado en el lado de acá de esa divisoria trazada por el respeto o el desprecio a la vida del otro se le podrían siquiera ocurrir. Quien ha disparado una vez un arma para conseguir un fin político y encuentra en su medio suficientes complicidades, volverá a repetir una y otra vez en un camino sin retorno. Si además está sostenido por un grupo cerrado y alimentado en este fanatismo de nuestro tiempo que es, en su variante radical, el nacionalismo, pensar en una vuelta atrás o en límites a su acción equivale a oponer buenas intenciones a una despiadada lucha por el poder.

Por eso carece de sentido sacar de este atentado cualquier lección que no sea la de derrotar a ETA. En los momentos actuales, cuando caen bajo las balas personas que han defendido el diálogo y la negociación como el camino necesario para la paz, el desánimo y la desolación, que a todos nos envuelve, encuentra una vía de salida en el clamor por el diálogo. Es muy respetable que así sea y dice mucho de la calidad de nuestra democracia, de la incorporación de valores democráticos a nuestro vivir diario, que las manifestaciones multitudinarias, propensas a la expresión de la rabia y de sentimientos de venganza, transcurran en silencio y bajo el signo del consenso y de la paz como supremos valores compartidos por la comunidad política. Pero por muy superiores que esos sentimientos sean en el orden moral, no servirán de nada si no encuentran un cauce político que los haga eficaces. Y la política comienza cuando se habla de fines y de medios para alcanzarlos.

Hay que dialogar, de acuerdo. Pero, después de la voladura del pacto de Lizarra, el diálogo sólo puede tener una finalidad; derrotar a ETA. Si no se entierra la expectativa de que la paz exige a los demócratas buscar las condiciones para que los terroristas abandonen las armas sin perder la cara, no hay posibilidad alguna de diálogo. Pues de lo que se trata aquí es de que ETA ha declarado una guerra a las sociedades vasca y española y nadie convencido de que va ganando una guerra deja las armas para sentarse a dialogar con alguien a quien supone que la va perdiendo. El

abandono de las armas sólo se produce cuando las pérdidas derivadas de su uso son superiores a las ganancias. Esto es así desde que existen guerras y nada puede cambiarlo; menos que nada, la voluntad de negociar con quien está no ya dispuesto a matarte, sino que te mata de hecho cuando le tiendes la mano. Tal vez Ernest Lluch habría intentado hablar con quienes venían a matarlo, no lo sabemos; pero el hecho cierto de que quienes venían a matarlo despreciaran esa posibilidad, y le mataran, constituye la prueba irrefutable de que es imposible dialogar con quien está decidido a pegarte un tiro antes de que te sientes a la mesa.

Si todos los partidos democráticos -nacionalistas y constitucionalistas- estuvieran de acuerdo en que el diálogo sólo puede tener la finalidad de derrotar a ETA, sería posible definir con precisión no sólo quiénes habrían de participar en ese diálogo, sino los medios de que se deberían dotar para alcanzar el fin propuesto. Partícipes: todos los demócratas, nacionalistas o no. Medios: una coalición de gobierno sostenida en la más amplia mayoría parlamentaria posible, la que representa al 80% de la sociedad vasca, en la que se incluyen, por orden de votos, PNV, PP, PSOE, EA, IU y UA. ¿Cuál es, entonces, el problema? Pues que el nacionalismo democrático vasco nunca se ha propuesto como objetivo la derrota moral, política y policial de ETA y su mundo, sino su recuperación como parte de una soñada mayoría nacionalista. Y mientras eso sea así, ¿de qué y para qué se puede dialogar?

Que esta pregunta no tenga hoy respuesta da la medida exacta de la desolación provocada por el asesinato de Ernest Lluch.